

"CAMPANAS DE PALO". — LUIS AMENGUAL HERNANDEZ. — Caracas, 1986. Academia Nacional de la Historia. Col. El Libro Menor, Nº 91. 252 p.

Por STEFANIA MOSCA

*Campanas de palo*, como bien señala Manuel Bermúdez en el prólogo, constituye una expresión particular de la crónica, donde la imaginación debe conseguir acomodo en la realidad. Imaginación resulta, de pronto, un término lejano, hostil a la realidad, irreconciliable y excluyente. Mejor imaginaría, o simplemente el gesto del que ve y transcribe. El transcurso de ese gesto, de una escritura que hace voto con lo real. El tránsito entre el afuera donde acontece y el tamiz que lo relata. Los matices sensibles de la retina que percibe. El conjugarse de una primera persona con el afuera al que pretende ser fiel. A juicio de Bermúdez, Amengual asume su riesgo: escribe. Hace de la crónica la práctica misma de la escritura: su fluir, el amago que revela en los dónde de su forma. Difícil conjugación que seduce al lector. Un singular híbrido que linda entre el ensayo y la contingencia, entre lo inmediato y la memoria.

Podemos, si quisiéramos, hablar de textos más que de crónicas, a pesar de la vocación de presente que las provoca. Las fechas nos miran al final de la página. Ese hombre, esa reflexión, es enero, 1968.

Y es el hombre que se piensa, se explica, se detiene y ve en la historia la mansedumbre o la estridencia de sus límites. Es el cobijo necesario, las formas de lo humano. Es Dios sobre los dioses. Un lenguaje distante, acomodada la escritura en el que observa. El cavilar de un escéptico, del que pregunta y explica sin fervores, sin sentencias. Es una mirada que acepta su tiempo, que se lo propone como experiencia, como escritura. No hay rechazo ni regocijo. Pero sí reclamo, crítica y cierta agriedad de la denuncia a lo último del sabor de algún escrito, como en "La mostrenca teoría del bochinche".

Luis Amengual Hernández se maneja con agudeza y propiedad en lo político y en lo histórico. Pasan por su pluma, bajo el rictus de su pensamiento, atrapados por los artificios de su retina, múltiples facetas de lo real presente. El libro, los premios, la televisión, la neurosis, la calle, el tráfico, los jubilados, el matrimonio, ocurrencias hogareñas. . . Y en todos ellos, como un hilo conductor, la crítica amena a las muecas devaloradas de nuestra sociedad. El autor ejecuta sus malabares sin mayores pretensiones, sin dogmatismos. Fiel a sí mismo y al espacio que ocupan sus palabras. Pequeñas escenas de lo cotidiano que son, a veces, ocurrentes caricaturas de nuestros hábitos, de las curiosas ruinas que esconde esta ciudad. Alguna nota pesimista, una ironía siempre sutil, un reconocimiento literario, personajes y costumbres, tendencia y encuentros ocasionales se dan cita en este amplio espectro de lo humano que El Libro Menor brinda a sus lectores.